

ITALO  
CALVINO  
Cuentos  
POPULARES  
ITALIANOS

Vol. II

«Si en una época de mi actividad literaria me atrajeron los "folk-tales", los "fairy-tales", no era por fidelidad a una tradición étnica ni por nostalgia de las lecturas infantiles, sino por interés estilístico y estructural, por la economía, el ritmo, la lógica esencial con que son narrados».

Sólo un escritor tan sabio y versátil como Italo Calvino podía llevar a buen término la tarea de seleccionar los doscientos mejores cuentos de la tradición popular italiana, aquí publicados íntegramente acompañados de un extenso prólogo y anotados por el propio Calvino. A lo largo de dos años Calvino escogió, entre un cúmulo de narraciones recopiladas durante casi dos siglos, las versiones más bellas y originales y las tradujo al italiano a partir de los dialectos en que habían sido compiladas y en algún caso, enriqueció la versión con ayuda de sus variantes, enlazando con ligeras invenciones las partes aparentemente eludidas o mutiladas.

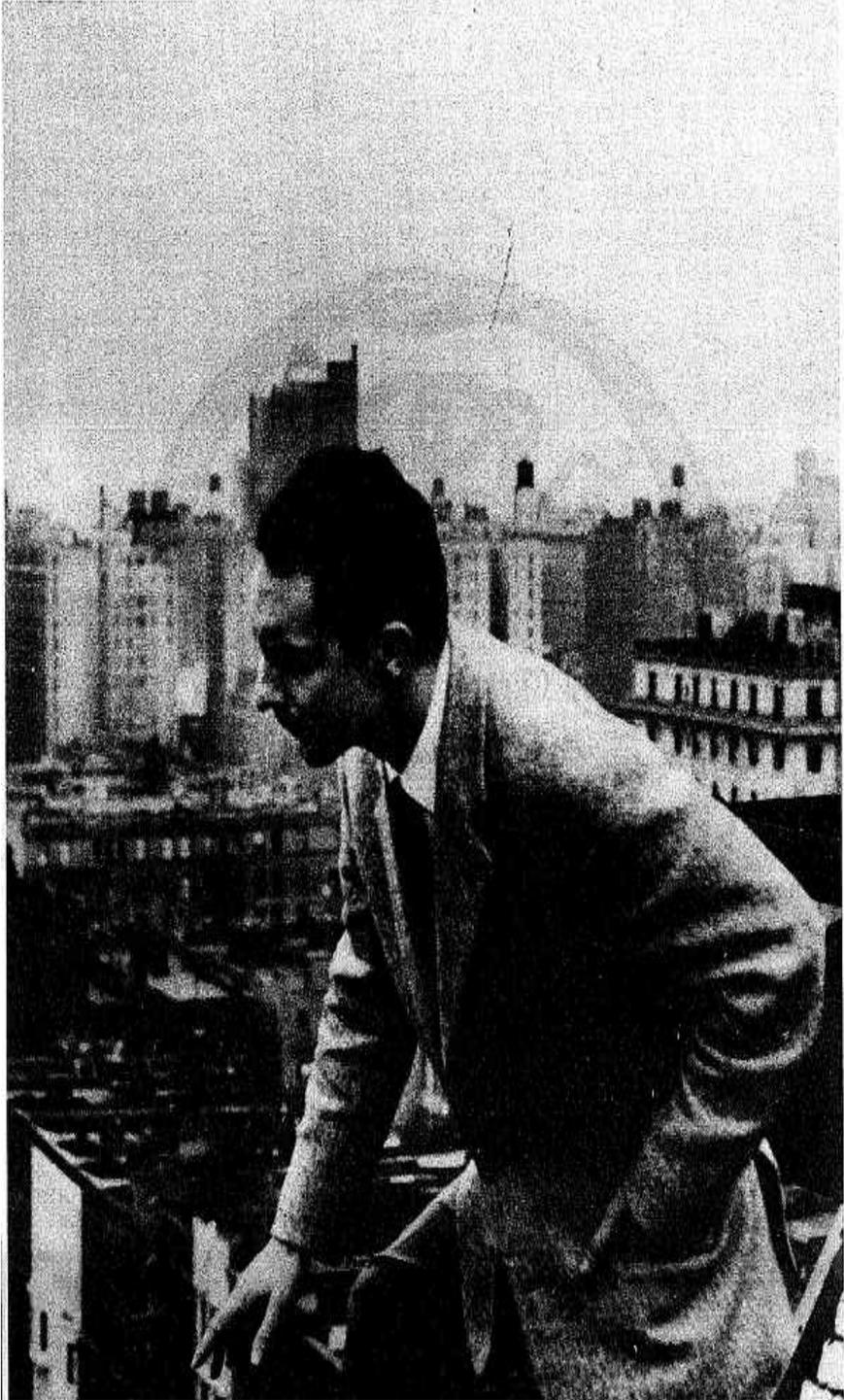
«Durante dos años viví en medio de bosques y palacios encantados, con el problema de cómo ver mejor el rostro de la bella desconocida que se tiende cada noche junto al caballero o con la incertidumbre de usar el manto que confiere la invisibilidad o la patita de hormiga, la pluma de águila y la uña del león, que sirven para transformarse en dichos animales. Y durante dos años el mundo que me rodeaba, fue impregnándose de ese clima, de esa lógica, y cada hecho, se prestaba a ser resuelto e interpretado en términos de metamorfosis y encantamiento (...). Poco a poco me pareció que, de la mágica caja que había abierto, la extraviada lógica que gobierna el mundo de los cuentos de hadas se había desencadenado para imperar una vez más sobre la tierra.

»Ahora que el libro está concluido, puedo decir qué no se trataba de una alucinación, de una suerte de enfermedad profesional. Se trataba, más bien, de algo que ya sabía en

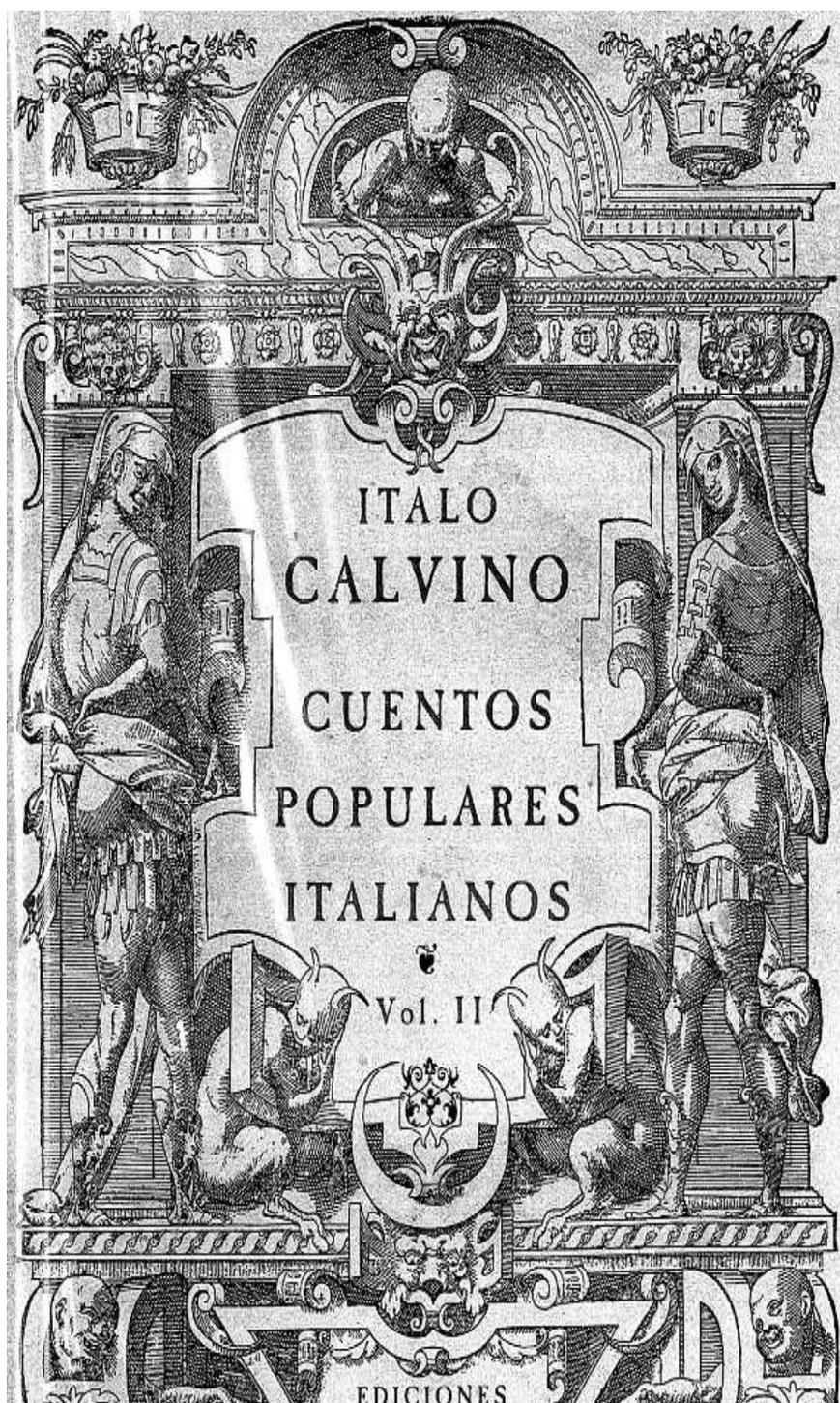
el instante de la partida, ese algo al que anteriormente aludí, la única convicción propia que me había impulsado a emprender el viaje; y lo que creo es esto: los cuentos de hadas son verdaderos».

Con estas palabras presentaba Italo Calvino la edición italiana (1956) de estos doscientos cuentos, acompañados de un extenso prólogo y anotados por el propio Calvino, que hoy Ediciones Siruela publica íntegramente en la cuidada traducción de Carlos Gardini.

Italo Calvino (1923-1985) inició su trayectoria como escritor en las filas del neorrealismo italiano. Con el paso del tiempo fue abandonando su costumbrismo y su compromiso ideológico para sumergirse cada vez más hondamente en la fantasía y la fabulación, llevando a la práctica en cada una de sus obras esos principios teóricos que sólo formularía al final de su vida, en ese legado-manifiesto que son sus Seis propuestas para el próximo milenio, publicado por Ediciones Siruela, junto a su celebrada trilogía compuesta por "El vizconde demediado", "El barón rampante" y "El caballero inexistente" o "El castillo de los destinos cruzados".











CUENTOS POPULARES  
ITALIANOS

Vol. II

Recopilación y versión

de

ITALO CALVINO

Ediciones Siruela

MADRID 1990



CUENTOS POPULARES  
ITALIANOS  
(Vol. II)



## 101 BELMIEL Y BELSOL

Había una vez un hombre padre de dos hijos, un hijo varón y una hija mujer, y eran tan hermosos y rubios que el varón se llamaba Belmiel y la niña Belsol. Este hombre cumplía un cargo de Mayordomo de la Corte del Rey, y como el Rey estaba en otra ciudad, él se encontraba alejado de sus hijos. El Rey, que nunca los había visto y oía tantos elogios a la belleza de los dos, hizo al Mayordomo:

—Ya que tienes un hijo tan hermoso, hazle venir a la Corte. Lo haré paje.

El padre fue a buscar al hijo y dejó a la hija con la nodriza; Belmiel se convirtió en paje del Rey, quien le cobró gran simpatía y lo conservó en su puesto aun después de la muerte del padre. Tanta confianza le tenía que le encomendó la delicada tarea de quitar el polvo a los cuadros de su pinacoteca. Belmiel siempre se quedaba mirando un retrato de mujer, y el Rey lo sorprendía maravillado y con el plumero en la mano.

—¿Por qué miras tanto ese retrato?

—Majestad, este retrato es la fiel imagen de mi hermana Belsol.

—No te creo, Belmiel. Mandé buscar por todo el mundo una mujer similar a la del retrato y no la encontré. Si tu

hermana es así, hazla venir porque me casaré con ella.

Belmiel se apresuró a escribir a la nodriza para que trajera de inmediato a Belsol, pues el Rey quería casarse con ella, y esperó. Por si no lo sabéis, esta nodriza tenía una hija más fea que un cuco, y al ver la belleza de Belsol no cabía en sí de envidia. Recibida la orden de Belmiel, se puso en marcha con Belsol y su hija fea; había que viajar por mar y las tres subieron a bordo de una barca.

En la barca, Belsol se adormeció. Y la nodriza empezó:

—¡Las cosas que hay que ver! ¡Ahora ésta se va a casar con el Rey! ¡Justo a ella le va a tocar esa suerte! ¿No sería mejor que se casara con mi hija, el Rey?

—¡Claro! —dijo la hija.

—Déjalo de mi cuenta —dijo la madre—, que a esta melindrosa no se la perdono.

Belsol se despertó y dijo:

—Nodriza, tengo hambre.

—Yo tengo pan y sardinas, pero no bastan ni siquiera para mí.

—Sé buena, dame un poquito.

Entonces aquella infame le dio un trozo de pan con sardinas, casi nada de pan y muchas sardinas, de modo que le vino una sed tremenda. Pobrecita, como no podía más, dijo a la nodriza:

—¡Nodriza, tengo sed!

Y la infame:

—Agua tengo muy poca; si quieres te doy agua de mar.

Cuando sintió que le faltaba el aliento, dijo Belsol:

—Dame agua, aunque sea de mar.

Pero después del primer sorbo sintió más sed que antes.

—¡Nodriza, tengo más sed!

Y aquella caníbal:

—¡Entonces, a beber se ha dicho! —la cogió por la cintura y ¡paf! la arrojó al mar.

Por el mar pasaba una ballena. Vio a Belsol en el agua y se la tragó. La nodriza llegó al puerto del Rey y Belmiel estaba en el muelle, ansioso de abrazar a su hermana. Y en cambio se encontró con ese cuco vestido de novia. Se le cayó el alma a los pies.

—¿Pero cómo? ¿Esta es mi hermana? ¿Mi hermana la de los ojos como estrellas? ¿Mi hermana la de la boca como una flor?

—Ah, hijo mío, si supieras —dijo la nodriza— la enfermedad que sufrí; en pocos días, se puso como la ves.

Se acercó el Rey.

—¿Cómo? ¿Y ésta es la beldad que tanto elogiabas? ¿Y ésta es la joven bella como el sol? Parece un pajarraco. ¡Fui un idiota al creerte y darte mi palabra de que me casaría con ella! Ahora no puedo volverme atrás y debo cumplir con mi palabra de Rey. Pero en cuanto a ti, pedazo de inútil, de hoy en adelante te quito el puesto y te mando a cuidar las gansas.

Y así el Rey se casó con la hija de la nodriza, pero la trataba de una manera que en vez de mujer parecía tener un trapo de cocina.

Entre tanto Belmiel llevaba las gansas a orillas del mar. Se sentaba en la playa, observaba nadar a las gansas y pensaba en sus desdichas, evocando a Belsol como la recordaba y como nunca había vuelto a verla. Sucedió que una vez oyó una voz desde el fondo del mar:

—Oh ballena, mi ballena,  
Alarga alarga tu cadena  
Hasta llegar a la orilla del mar,  
Que mi hermano Belmiel me quiere hablar.

Belmiel no atinaba a imaginar qué podía significar esa voz, cuando del fondo del mar vio surgir una bellísima niña con el pie encadenado, una niña que se asemejaba muchísimo,

casi se hubiera dicho que era, no, era ella sin duda alguna, su hermana Belsol, más bella que nunca.

—Hermana mía, ¿qué haces tú aquí?

—Estoy aquí porque la nodriza me traicionó, hermano mío.

Y le contó su historia mientras arrojaba oro y perlas para alimentar a las gansas.

—¿Cómo dices, hermana mía? —gemía pasmado el pobre Belmiel.

—Fue la nodriza quien me arrojó al mar y me reemplazó por su hija —decía Belsol, adornando las gansas con flecos de colores.

Anocheecía, y el mar se ponía negro.

—Hasta la vista, hermano —dijo Belsol hundiéndose despacito, arrastrada por la cadena que terminaba en el mar.

Belmiel reunió las gansas adornadas con flecos multicolores y emprendió el regreso por la playa. Y las gansas:

—¡Crocró! Del mar venimos,  
Donde oro y perla comimos.  
Belsol es bella, bella como el sol  
Y enamoraría al Rey nuestro señor.

La gente que pasaba se quedaba escuchándolas boquiabierta: nunca se habían visto gansas que cantaran de ese modo. Esa noche, en el corral del palacio, las gansas en lugar de dormirse continuaron:

—¡Crocró! Del mar venimos,  
Donde oro y perla comimos.  
Belsol es bella, bella como el sol  
Y enamoraría al Rey nuestro señor.

Un marmitón las oyó y al día siguiente fue a contarle al Rey que las gansas habían salido con Belmiel y se habían pasa-

do la noche entonando esa canción. Al principio el Rey no le prestaba mayor atención, luego se interesó cada vez más, y por fin decidió que seguiría a Belmiel sin ser visto cuando él saliera a dar de comer a las gansas.

Se ocultó entre los juncos y oyó la voz del fondo del mar:

—Oh ballena, mi ballena,  
Alarga alarga tu cadena  
Hasta llegar a la orilla del mar,  
Que mi hermano Belmiel me quiere hablar.

Y del mar surgió la muchacha con el pie encadenado y nadó hasta la orilla. Al ver su belleza, el Rey salió del cañaveral, diciendo:

—¡Tú sí que eres mi esposa!

Así se conocieron, y junto con Belmiel estudiaron la manera de liberarla de esa ballena que la tenía encadenada. El Rey y Belmiel cogieron una roca que pesaba más o menos como Belsol, aserraron la cadena, y sujetaron la cadena a la roca. El Rey cogió a Belsol del brazo y la llevó al palacio. Los seguía Belmiel con el cortejo de gansas, que cantaban:

—¡Crocró! Del mar venimos,  
Donde oro y perla comimos.  
Belsol es bella, bella como el sol  
Y es la esposa del Rey nuestro señor.

La nodriza y su hija, en cuanto oyeron esa canción y vieron llegar el cortejo, huyeron del palacio, y desde entonces nadie ha vuelto a verlas nunca más.

(Roma)